



El condensador A-Z

Por Atras Sinatras

El sonido de un trueno lejano me hizo despertar. El display luminoso del reloj señalaba las tres y cincuenta. Algo extraño había en el dormitorio; una luz penetraba a través de la persiana, golpeando contra la pared opuesta. Me acerqué a la ventana, desde allí pude ver que el origen de esa luz era un objeto que se hallaba suspendido en el aire. Su luz, blanca, variaba en intensidad constantemente. Sin despertar a nadie, salí por la puerta trasera de la casa. El punto luminoso se hallaba en el cielo, hacia el oeste; centelleaba como una estrella, pero sus destellos eran como relámpagos que iluminaban todo el campo y tornaban celeste al cielo.



En tanto, una serie de gigantescas torres de alta tensión, torres metálicas que sostenían grandes cables de electricidad, habían surgido como por encanto en medio de las plantaciones; una larga fila de éstas se extendía desde el occidente y terminaba en mi propio campo. Más el cableado eléctrico continuaba, ascendiendo y perdiéndose en el cielo sin ningún punto de apoyo visible.



Fui al galpón y saqué la camioneta. Decidido, tomé por la ruta hacia el oeste. La línea de alta tensión corría paralela a la carretera, a mi derecha. Minutos después detenía yo el vehículo, al ver la última torre, sobre una rara casa con tejas a la cual descendían los cables. Para ese entonces, la luz en el cielo alternaba en dos colores:

verde y rojo. Me acerqué con cautela a la casa, escondiéndome detrás de unos arbustos. La puerta - única abertura que la casa tenía- estaba abierta, mas solo podía yo ver una pared gris. Una persona se hallaba cerca, mirando el objeto luminoso y diciendo:

- Dale, dale, ¡no, no, no! Está muy verde. A ver... tenés que revisar el condensador A-Z. Ahora está mejor. No, no; va a haber que apagarla.

En tanto, otra voz respondía con similares palabras desde el interior, siempre hablando en términos técnicos. De pronto, uno de los cables que subían desde la casa ardió en llamas, soltando una multitud de chispas y explosiones. Inmediatamente, en el cielo, toda la constelación de Orión se “apagó”; desapareció. Yo observaba, estupefacto.

- Fue un corto, fue un corto -decían-. Hay que bajar la llave estelar.

Se oyó un “clic” y todas las estrellas del despejado cielo desaparecieron ante mis ojos; solo Júpiter permanecía allí, y una impresionante cantidad de nebulosas y galaxias, que no tardaron en aumentar en brillo y número, hasta cubrir todo el firmamento. El mismo tipo de hoy se asomó a la puerta y mirando el cielo dijo:

- ¡Paa! ¡Prendé que esto se sobrecargó!



Al instante se escuchó de nuevo el “clic” y volvieron las estrellas, solo que ahora eran todas verdes y de primera magnitud. Viendo que aquello no era un sueño, y que los “electricistas” no se ponían de acuerdo, llegué a una conclusión: el asunto era realmente grave.

Fui hasta la puerta y dije:

- Buenas.

- ¡Lulo! ¿Usted aquí? -respondióme uno de ellos-.

- ¿Cómo sabe mi nombre? -le dije- ¿Quiénes son ustedes?

- Somos enviados del gobierno. Había un pequeño problema con la estrella Sigma del Can Menor;

pensábamos convertirla en una estrella variable, pero se nos complicó.

- ¿Y ahora? -indagué-.

- Seguro nos castigarán por esto. Nadie había hecho un desastre como éste; generalmente las fallas más graves terminan a lo sumo en una explosión de supernova.

- ¿Quiere decir que todo el mundo está viendo esto?

- Seguro. A las torres las podemos ocultar, pero...

Para ese entonces estaba ya amaneciendo. Les dije:

- Esperen... Yo sé algo de esto.

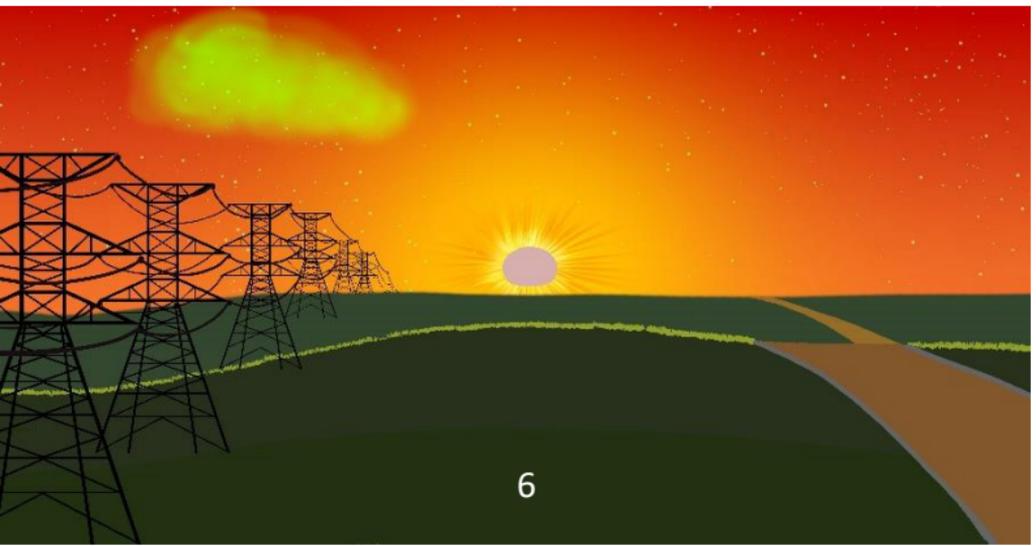
Entré y comencé a “meter mano” a la instalación. Las paredes estaban repletas de interruptores, cables y fusibles. Había una mesa con algunos circuitos con transistores, y hasta válvulas, lámparas como las que había dentro de las viejas radios y televisores.

Golpeé la mesa con la mano; los aparatos saltaron y desde el exterior los dos técnicos gritaron: “¡Bien! ¡Ahí, ahí! Ya salía yo muy orgulloso, cuando una explosión hizo volar la mesa por completo.

- ¡Qué ha hecho! -me dijeron-. Quemó la General Solar.



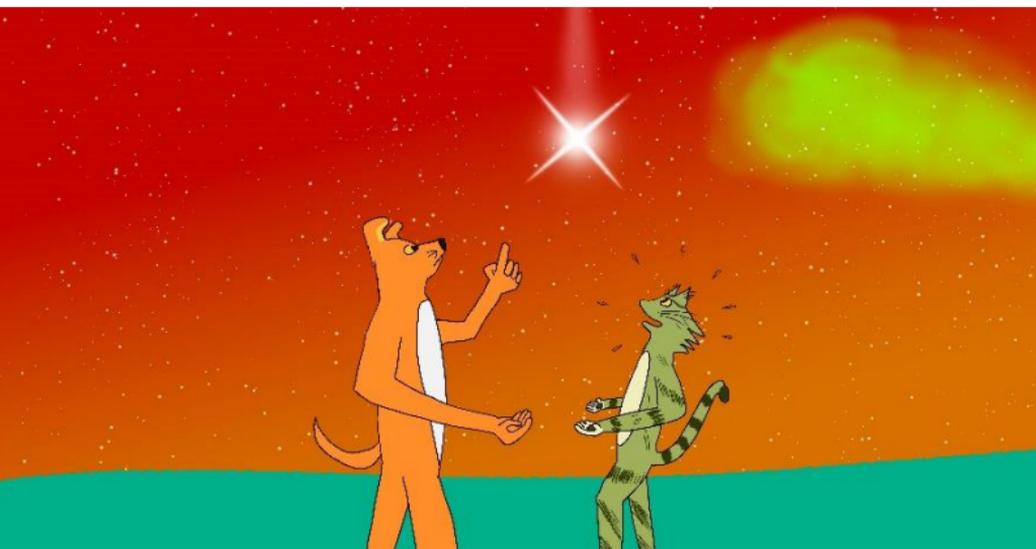
Al salir de la casa, pude ver al sol, sobre el horizonte, bajo la forma de un disco gris rojizo rodeado de llamaradas anaranjadas. Por el rojo cielo, se acercaba una fantástica nube verde de forma cambiante.



- Ya vienen a buscarnos. En cuanto a usted, lo enviarán de nuevo a las dos y diez, que fue cuando comenzamos a trabajar. Nadie recordará nada; solo usted -díjome uno de ellos-.

- Si lo cuento no me van a creer -repliqué-.

- Che, Pocholo, bájame la Delta que está aquí arriba -dijo uno-. Pocholo hizo no sé qué, pero una estrella cayó lentamente desde el cielo. La tomé en mi mano; su brillo y apariencia eran tal cual se la veía en el cielo, parecía inmaterial.



- Esa es su prueba -dijo, cuando la nube verde ya estaba sobre nosotros.

Me desperté siendo las seis de la mañana.

- Claro -pensé-. A las dos y diez yo aún estaba durmiendo.

Miré mi mano, mi puño aún estaba cerrado. Lo abrí cuidadosamente, mas no hallé a la estrella; ¡claro! Si ya era de día...

FIN



Impreso en IMPRESORA LULO, Cama Verde 02,
piso 2, Tomalia, Lulilandia. 14/7/2023 S.I.
© 2023 Atras Sinatras | atras@lulilandia.com